

GUITERAS,

Profesor

Por el Dr. Angel Vieta, Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana.



Señoras y señores:

Nos congregamos aquí esta noche, bajo la augusta cúpula de la Academia de Ciencias, para en sesión solemne: conmemorar la fecha en que hace un siglo, viera la luz quien habría de ser procer de la ciencia y de la patria, que habría de dejar una huella tan profunda en nuestra historia, como para que su nombre y su obra tengan que ser eternamente recordados, como para que, en otras palabras, ascendiera a la inmortalidad.

Nos ha correspondido en esta conmemoración presentar una de las facetas de su fecunda vida: su actuación profesoral. Claro, que resultará imposible para mí, como lo sería para cualquier biógrafo, no verse influido por la materia fundamental en que esta faceta estaba tallada, ya que si las gemas reflejan la luz de acuerdo con su constitución físico-química, aquí será el hombre quien en su magisterio, exhibirá los rasgos de su carácter a más de la ciencia que a través de la vida haya ido tesorando.

Dijo Octavio Montoro en el Liceo de Matanzas al conmemorarse el undécimo aniversario de su deceso, Aquel hombre extraordinario encarnaba la serenidad . Y en efecto, Juan Guiteras fué el mejor exponente humano de esta gran virtud, que no pueden poseer más que los que como él han cultivado la verdad como directriz de su vida, y esa serenidad no será sino el reflejo de las dos más sa~ lientes cualidades de Guiteras: la honestidad y la sencillez.

Y damos al término honestidad no la limitadísima acepción que hoy se considera ya bastante virtud en nuestros hombres, de no apropiarse de lo que a otros pertenece, no, esa es menguada virtud que si hoy vale, es porque la otra honestidad, la del espíritu, es flor ya tan exótica, que el hombre no espera encontrarla entre sus dirigentes y se conforma con que al menos tengan esa elemental forma de ella.

Y esa honestidad de Guiteras le fué legada desde la cuna, fué la virtud de una familia cuyos integrantes supieron soportar las persecuciones políticas antes de ocultar sus convicciones y nada a nuestro juicio es mejor exponente de ella que su carta a Gonzalo de Quesada en marzo de 1895.

Quien había sido ardiente independentista, cooperando no sólo con aportes económicos sino intelectualmente e incluso desde su cargo de Médico de la Sanidad Marítima Norteamericana “ayudando a los expedicionarios que salían para Cuba, o amparando con su cargo a los revolucionarios acusados de infringir, con sus ctividades políticas, las leyes norteamericanas” dice César Rodríguez, no parecía posible que fuera el que escribiera a Quesada “no quiero inmerecidamente participar de la gloria o descrédito de una causa que, en conciencia, no puedo apoyar, no quiero identificarme con ningún movimiento que no sea francamente anexionista”.

No vamos naturalmente a estudiar las raíces de ese cambio de opinión, ni tampoco de la facilidad con que fué convencido de que aquella actitud era incompatible con su abolengo, con su historia y hasta con sus propios ideales, y de, cómo después, laboró con su sinceridad inmaculada porque Cuba fuera libre y aún más, porque pudiera seguir siéndolo.

¿Cuántos hombres habrían escrito estas líneas que expresaban un sentimiento tan desacorde con los que ya peleaban en la manigua?

¿Cuántos no se hubieran limitado a enviar como él su contribución y callado sus reservas? Pero él era incapaz de ello, su conciencia se lo impedía, se debía a la verdad, y con ese tan pesado [ardo para los hombres acomodaticios, seguiría toda su vida, puesto que para él la verdad, la honestidad de espíritu, eran tan consustancial a su ser como la luz al sol.

¡Y su sencillez! Jamás adoptó poses, nunca, siendo maestro, se abroqueló en el "magister dixit", era sencillo en su actitud, en su porte, en su palabra, no defendió doctrinas, expuso hechos, y dejó que estos fueran el pedestal de su gloria. No siempre bien comprendido, guardó en su alma los agravios y las decepciones, sin dejar que minaran su espíritu haciéndole un amargado. Al contrario, ellos sirvieron para darle temple a su serenidad y para permitirle hasta casi el día de su muerte, seguir esparciendo su doctrina, seguir dando consejos, encendida y más brillante que nunca, su lámpara votiva a la verdad.

La carrera profesoral de Guiteras, se inicia apenas ha cumplido su entrenamiento hospitalario, primero como interno y después como médico de visita del Hospital de Filadelfia, y como en todos los que tienen vocación profesoral, ella se hace aparente temprano, es un ansia de dar que en Guiteras se manifiesta donde quiera, da sus experiencias en el trabajo científico, en su charla, en el aula y en su trabajo cotidiano, y sus discípulos más destacados, no lo son aquellos de su docencia oficial, lo son los médicos que con él convivieron y aprendieron medicina tropical y sanidad, a la sombra de su personalidad señera en estos aspectos de la ciencia.

Si decíamos que laboró no sólo porque Cuba fuera libre sino porque siguiera siéndolo, es como nadie ignora, porque los primeros pasos de la República en el orden sanitario, estuvieron bien vigilados por nuestros vecinos del norte, y nadie sabe lo que hubiera sucedido, si un Guiteras, un Finlay, un Barnet, un Lebrede y la pléyade de jóvenes sanitarios que florecieron a la sombra de aquellos maestros.

no hubieran hecho vivir a nuestra Sanidad una época de oro, que fué la mejor garantía de la perdurabilidad de nuestra independencia.

Ya en 1879 es nombrado instructor de Semiología, y ese enfoque le dará cuando es nombrado Profesor de Patología General en nuestra Escuela, de acuerdo con el "Plan Varona", a su asignatura, enfoque que mantuvo el inolvidable Federico Grande Rossi y que aún perdura en esa disciplina. Ya entonces, como señala Portell Vilá, había escrito un libro de Patología que fué aceptado como texto oficial de la materia.

Su carrera sanitaria la inicia, cuando en 1880 se incorpora a la "Sanidad Marítima de los Estados Unidos" lo que interrumpe su labor docente, aunque no por largo tiempo, pues en 1895 encontrándose en Charleston en el desempeño de sus funciones sanitarias, es designado Profesor de Patología Médica de la Escuela de Medicina de aquella ciudad, labor que comparte con sus funciones en el Marine Hospital Service".

Un año antes, en 1894, la Universidad de Pennsylvania, su Alma Mater, ya ha discutido su nombre para cubrir una Cátedra, nada menos que con el eminente clínico inglés Dr. William Osier, que es el elegido, pero ello da idea del prestigio de que ya gozaba nuestro compatriota, en lo que pudiéramos llamar los albores de su brillante y fecunda carrera.

En 1889 es al fin designado Profesor de Patología de la Universidad de Pennsylvania y Patólogo del Hospital de Filadelfia, honor que colmó de justificada satisfacción a Juan Guiteras, quien hubo de expresar a sus íntimos: "Una de las emociones más intensas que he experimentado, fué cuando me llegó la noticia. ¡Ser Profesor de mi Alma Mater! ¡Ser Profesor de la Universidad donde cursé mis estudios!"

Allí laboró con todo su entusiasmo hasta que en 1898, al estallar la guerra Hispano Americana, abandonó su Cátedra para incorporarse al ejército norteamericano, donde con el rango de Comandante Médico, desembarcó en Oriente con los primeros contingentes de tropas que lucharon

junto a los cubanos, y allí pudo poner a contribución su experiencia como sanitario, sobre todo en combatir la fiebre amarilla, azote implacable con el que se había enfrentado antes.

Aunque Guiteras había estado ya en Alemania, a donde había ido con el fin de aumentar su cultura en Anatomía Patológica, y estudiado con Weigert, el gran histólogo, en 1889 cuando refiere haber conocido a Ehrlich y la impresión que le produjo aquel sabio, su Universidad le comisiona un año después para que vaya a estudiar la tuberculina que acaba de descubrir Roberto Koch y así volvemos a encontrarlo en Berlín, esta vez en cumplimiento de una misión oficial, donde toma cursos de histología de la sangre y trabaja lado a lado con Ehrlich sobre tuberculina; conoce y trata a Wirchow, Hirst, Pfeiffer, Esmarch, Kitasato, visita todos los centros científicos de Europa, Roma, Londres, París,... y regresa a la docencia con un bagaje científico y una experiencia, que acrecientan de tal manera sus valores profesoriales, que rápidamente le conquistan la consideración, el aprecio y el respeto de alumnos y profesores, a grado tal, que muchos años después todavía se le recuerda y se lamenta su ausencia, considerándola como una pérdida irreparable para una institución del prestigio de la Universidad de Pennsylvania, como lo prueba el relato del Dr. Alberto Recio, cuando portador de una carta de Guiteras para el Decano, visita la Escuela de Medicina de aquella Universidad y cuenta:

"Visitábamos en 1911, la Universidad de Pennsylvania, siendo portadores de una carta de presentación del Dr. Guiteras, para el Decano de aquella Institución. Después de mil atenciones, el venerable Decano, nos condujo al Anfiteatro, donde, en sitio de honor figuraban los retratos de Osler, el gran Clínico y de Guiteras, y nos dijo: "A Osler nos lo arrebató Inglaterra; a Guiteras, Cuba. No perdemos las esperanzas de que retornen. Dígale al Dr. Guiteras, que su sillón le aguarda".

Terminada su labor como Médico Militar del Ejército Norteamericano, Guiteras renuncia a su cargo de Comandante y regresa a los Estados Unidos para renunciar a su Cátedra de la Escuela de Medicina de la Universidad

de Pennsylvania, se despide de sus compañeros de Claustro y de sus alumnos, porque cubano ante todo, sabe que la patria lo reclama; como dice Manuel Sanguily en la Revista de Ciencias ' de enero de 1902, cuando reproduce una conferencia pronunciada por Guiteras en el Instituto de 2da. Enseñanza de La Habana.

"Hay en la renuncia que el Dr. Guiteras hizo de su puesto en la Universidad de Pennsylvania, un rasgo que, por sí solo, basta para señalar la grandeza moral de su carácter. Su sueldo, como profesor de la Universidad de Pennsylvania era de 6.000 pesos, el que aquí venía a disfrutar de \$2.600, pero comprendió que su deber era contribuir personalmente a levantar la patria, sabía que aquí había de ser más útil a su país y no titubeó un solo instante, supo sacrificar a tiempo su bienestar. Así procede el verdadero patriotismo".

La historia profesoral de Guiteras en la Universidad de La Habana se inicia cuando el Brigadier General, Jefe de Estado Mayor, Adna R. Chaffee del Cuartel General de la División de Cuba, firma una orden militar del Gobernador General de Cuba, la No. 252 de 30 de diciembre de 1899, cuyos párrafos I y II dicen:

"I. Se crea, por la presente, una nueva Cátedra en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, que será conocida con el nombre de Patología Intertropical con su Clínica, de lección diaria".

"II. Se nombra por la presente, a Juan Guiteras, Catedrático de la Universidad de La Habana, debiendo surtir sus efectos dicho nombramiento a partir del 1ro. de enero de 1900; y se le asigna la Cátedra de Patología Intertropical con su Clínica".

Dice Elisa González Tovar: "Tan pronto llega a Cuba en el año 1900, en pleno período de reorganización política y social, fué nombrado Catedrático de Patología General y Medicina Inter-Tropical, Cátedra que fué creada a instancias suyas..." No dudamos de que efectivamente fuera él quien recomendara esta tan beneficiosa medida, conociendo como nadie por su experiencia profesoral, la importancia del estudio de la Medicina Tropical en nuestro

país, en donde tanto contribuían a elevar la estadística de mortalidad la fiebre amarilla y el paludismo, por no citar sino las más importantes, pero es lo cierto, que Guiteras no podía estar en Cuba cuando se publicó la orden militar No, 252, por cuanto en su expediente profesoral obra una carta de su puño y letra que copiamos por su brevedad:

*“LONDON SCHOOL OF TROPICAL MEDICINE
CONNAUGHT ROAD STATION*

Londres, enero 12 de 1900.

Sr. Rector de la Universidad de La Habana.

Muy señor mío:

No conociendo el reglamento que rige en la Universidad de La Habana me dirijo a Vd. para pedir que se me conceda licencia para permanecer en el extranjero hasta fines del mes de junio próximo.

Hago esto en la suposición de que no será posible empezar a explicar la nueva Cátedra de Enfermedades de los Trópicos durante el presente año escolar. Si es así, desearía poder continuar mis estudios de los métodos que se siguen en los centros donde se enseña ese ramo de la Medicina.

De Vd. muy atto. s. s.

Juan GUITERAS"

Nótese como designa a su Cátedra de “Enfermedades de los Trópicos” y no de Patología Inter-Tropical, como aparece en la orden militar, nombre este último que fué substituido al hacerse la reforma del plan de estudios por la ley de 15 de octubre de 1923, por el de “Cátedra de Parasitología y Enfermedades Tropicales” más acorde con el que el propio Guiteras la designara que con el dado en la orden militar.

El Rector Dr. Leopoldo Berriel, accedió a lo solicitado por Guiteras fundándose en que ya en aquel curso se había cerrado la matrícula, y así pudo éste continuar en Londres, tomando posesión el día 3 de junio de 1900.

Al realizarse por la orden militar 266 la reforma de la Enseñanza, el llamado plan Varona, el Dr. Gaiteras fué nombrado también profesor de Patología General, quedando así constituida su Cátedra por las dos asignaturas precitadas, Patología General y Patología Inter-Tropical con su Clínica.

Que el prestigio y personalidad de Guiteras se dejaron prontamente sentir entre sus compañeros de Claustro, lo demuestra el hecho de que cuando el Dr. Gabriel Casu-50 es designado por Don Tomás Estrada Palma para formar parte del Gabinete como Secretario de Agricultura y presenta la renuncia del Decanato que venía desempeñando, el Claustro, en sesión de 23 de agosto de 1905 lo elije Decano, el más responsable cargo de la entonces Facultad de Medicina y Farmacia.

Revisando las actas de la Junta de Profesores de aquella, se ve como la Facultad, que aún no había llegado a consolidar su nueva estructura de la era republicana, bajo su dirección labora intensamente para reorganizar sus enseñanzas, completar su cuadro de Profesores, organizar la nueva Escuela de Cirugía Dental y hacer posible la de otra nueva, la Escuela de Veterinaria.

Pero Guiteras no ha dejado de ser Sanitario. Ha venido simultaneando su función Profesor y Decanal con la tarea importantísima, más entonces que nunca, de colaborar con la Sanidad Cubana, y vemos con qué frecuencia tiene que pedir licencia para desempeñar comisiones que le encarga el Gobierno, bien en nuestro territorio o en el extranjero, pues su preparación científica en Cuba y su personalidad bien conocida de Sanitario, sobre todo en Norteamérica lo hacen el más útil de los cubanos para llevar a cabo estas misiones.

Mas llega el momento en que Guiteras, siente que la labor sanitaria lo reclama con mayor urgencia y vemos como el 29 de septiembre de 1907 presenta su renuncia al Decanato, que el Claustro conoce al siguiente día y en cuya sesión por unanimidad se acuerda: "No aceptar la renuncia del Decanato presentada por el Dr. Guiteras y que una comisión formada por los doctores G. Casuso, Alacan, Calvo y Hernando Seguí se entrevisten con él para comu-

nicarle este acuerdo y pedirle que retire la renuncia presentada". Que la comisión tuvo éxito en sus gestiones lo comprueba el hecho de que en la siguiente sesión del Claustro, pese a que en el acta no se hace mención alguna de ello, vemos de nuevo a Guiteras actuando de Decano y continuó siéndolo hasta que en agosto 24 de 1908 hace entrega del cargo al Dr. Gabriel Casuso que acaba de ser electo. Vemos, pues, como pese a las múltiples ocupaciones que la Sanidad le proporcionaba, dando pruebas de su amor a la Universidad y de su disciplina y con sentido del deber, desempeña el cargo durante los tres años para los que fuera electo.

Su preocupación como Decano fué naturalmente, el mejoramiento de la docencia y como no puede haberla sin hospitales apropiados, lo vemos enfrascado en hacer que el Hospital Mercedes y el entonces "Hospital No. Uno" fueran reorganizados, se hicieran nuevas edificaciones, puestos en fin en condiciones de ser verdaderos hospitales Universitarios, término que él usa más de una vez en sus proyectos.

Que en su renuncia al Decanato hubo algo más que el deseo de liberarse de la carga y responsabilidad que ello le representaba, y que fué en gran parte un gesto de dignidad herida, lo permite ver el texto de su renuncia, en que después de escribir los dos párrafos que copiamos:

"A la Facultad de Medicina y Farmacia. El Decano que suscribe se ve en la ineludible necesidad de presentar a sus compañeros de claustro la renuncia de su cargo. Si antes lo aceptó fué en momentos en que la desaparición de la fiebre amarilla le permitía suponer que los servicios sanitarios no llegarían a tener urgencia tal que le impidiese el cumplimiento de ambas funciones. Y era además un honor muy grato que no debía declinarse".

"La Fiebre amarilla ha reaparecido y el Decano comprende que no tiene el tiempo suficiente para la obra del Decanato. Si no ha renunciado antes ha sido porque esperaba llevar a buen fin importantes planes para el mejoramiento de los servicios clínicos, planes que presentó al Gobierno como miembro de una Comisión especial creada por el Departamento de Beneficencia".

Escribe además: “En el día de ayer se enteró el Decano por comunicación del Departamento de Beneficencia que una de las disposiciones que él consideraba más fundamentales, no ha sido aceptada, a saber: la Dirección facultativa del Hospital “Mercedes” por el Decano de la Facultad”.

No obstante, vemos como continúa trabajando intensamente para que sus esperanzas fallidas y sus esfuerzos esterilizados, no sabemos si por incomprensión o por intereses personales, puedan algún día cristalizar en hechos, porque revisando las actas de la Facultad se encuentran sus proyectos, sus recomendaciones, todo en fin, lo que requirió treinta años más para verse en parte realizado y que al fin la Escuela de Medicina tuviera un Hospital Universitario, el antiguo Hospital número uno, hoy Hospital General “Calixto García”, que si no satisface nuestros anhelos, al menos bajo la égida de una junta de Gobierno designada por el Claustro y compuesta por profesores, constituya un motivo de orgullo y de satisfacción al haber logrado que sea, si no el Hospital ideal soñado por Guiteras, una organización hospitalaria eficiente y capaz de llenar las más perentorias necesidades de la docencia.

A los que conocimos a Guiteras, que sabíamos de su competencia, de su personalidad, de su honestidad científica, de su sencillez, aunque no hubiéramos tenido la fortuna de ser sus discípulos, nos es fácil suponer la forma en que habría de producirse en la docencia; pero ningún testimonio puede ser más elocuente que la sensación que le daba a sus alumnos, y este testimonio nos lo ofrece el doctor M. Aurelio Serra, que escribiendo sus recuerdos de estudiante, dice de Guiteras, entre otras cosas, los párrafos que vamos a reproducir: “El primer día que vimos a Don Juan nos llamó la atención su aire tan sencillo y natural que lo alejaba de los hombres presumidos revelando cierta dejadez, demasiado demócrata para una época en que el acicalamiento y compostura en las personas se conservaba todavía.

Era más bien bajito, de cabeza agrandada por una abundante cabellera ya casi canosa. De semblante afable, propicio a la sonrisa y de cuando en cuando abría la boca para dejar escapar una carcajada que jumbrosa descubrien-

do a través de su espeso bigote y poblada barba una fuerte dentadura. Se rellenaba cómodamente en la butaca, recosíala su cabeza sobre el respaldar y mirando al techo como para no distraerse, iba explicando los secretos que la ciencia médica había arrancado a la naturaleza en la trasmisión de tantas enfermedades tropicales. Su voz tomaba entonces modulaciones musicales y mirándonos paternalmente nos sonreía como sonríe el pillín al descifrar una adivinanza”.

Relatando su comportamiento al lado del enfermo, dice Serra: "los alumnos rodeábamos la cama. Iba enumerando los síntomas que encontraba para después dilucidar el diagnóstico, meta para él la más importante. "Pudiera tratarse señores, de un caso de asma esencial, en efecto encontramos... y señalaba los síntomas hasta dejarnos convencidos, pero una sonrisa picaresca se asomaba a su semblante para decirnos: "sí, sí, pero no, no". Más bien parece que estamos en presencia de un caso de bronquiectasia o simplemente una bronquiolectasia" —aquí copiábamos la palabra— y volvía a convencernos y una vez más la maliciosa sonrisa terminaba en el eterno estribillo de "sí, sí, pero no, no". Así pasaba revista a toda la patología enlazando afecciones tras afecciones y cuando ya creíamos llegado al ansiado diagnóstico, nos dejaba suspensos en el interés por saber lo que el enfermo tenía, y si se decidía era por estar muy seguro de no equivocarse. Ya graduado ¡cuántas veces me he acordado de él ante la exigencia del público en que hagamos el rápido diagnóstico! Si se nos obligara a un juicio certero, tendríamos que tener como él igual cautela”.

Es que Guiteras nunca fué hombre de poses, de alardes, fué el verdadero Profesor que como dice el propio Serra, al alumno; "le allanan las dificultades, quien poniéndose a su nivel intelectual le sabe comunicar la esencia y no el que por un falso prurito de amor propio sólo trata de demostrar su saber tupiéndolos”.

Su actuación profesoral siempre compartida con la de sanitario, terminó cuando con fecha 29 de enero de 1909 se dirige al Decano de la Facultad doctor Gabriel Casuso informándole de que habiendo sido designado para ocupar

el cargo de Director de Sanidad y habiéndolo aceptado, pedía se le considerara en uso de la licencia que autorizaba el Art. 260 del Poder Ejecutivo. La Universidad lo conserva sin embargo hasta que decide retirarse, y vemos como a partir del año 1920 inicia su expediente de jubilación voluntaria que se le otorga con fecha 27 de abril de 1921, y también, de acuerdo con la ley una jubilación de \$200.00 mensuales, ¡mezquina retribución para el hombre que ha dedicado su vida a la patria y a la ciencia!; pero, es la ley y, al fin, “dura lex est lex”.

Hay detalles que pintan a los hombres en una sola pincelada. Juan Guiteras avezado obligadamente a la literatura oficinesca, con motivo de su jubilación escribe en una carta de su puño y letra que se conserva en su expediente, al Secretario General Juan Gómez de la Maza; en ella dice: “Al empezar a escribirle a Casuso me encuentro con que no sé qué forma darle a la carta renunciando mi cátedra. Si Ud. tuviera la bondad de enviarme una pauta se lo agradecería. Aunque entiendo por lo que Ud. me dice que es potestativo renunciar o no, y aunque siento romper ese lazo con la Universidad, me parece que es ya tiempo de que ceda ese puesto a más jóvenes aspirantes”.

Es una prueba más de esa sencillez a que tantas veces hemos hecho referencia y además muestra de su generosidad al expresar el deseo de darle paso a la generación que le sigue.

Guiteras, que se retira un poco amargado y decepcionado, vuelve más tarde a la vida pública para seguir sirviendo a su país, pero ya esto no es motivo de nuestro trabajo, otros lo desarrollarán en esta noche y a nosotros sólo nos resta poner como ejemplo la vida austera de este hombre, para que sirva de aspiración y de posible meta, a todos aquellos cubanos que de verdad aspiren a una patria mejor.